

era poco crecido el número de sus fuerzas. Así, pues, el 19 por la noche durmieron en Aizenay.

El general Travot sacó de las Sables algunos destacamentos, y reuniéndolos con las tropas que tenía á su lado, salió con mil doscientos hombres para Saint-Gilles á fin de interrumpir los desembarques que se hacían en el Marais. Encontró el convoy destinado á Mr. Augusto de la Rochejaquelein, cogió una parte de él, y después se encaminó á buscar las numerosas fuerzas que, según le anunciaron, se hallaban en Aizenay. No teniendo en cuenta el número de los insurgentes, y figurándose que su marcha sería poco militar, resolvió atacarlos por la noche en Aizenay. Con efecto, llegó á este punto en la noche del 19 al 20, y los sorprendió en un extraordinario desorden, los unos durmiendo después de una fatigosa marcha, los otros comiendo y bebiendo después de largas privaciones, y ninguno cuidándose del peligro. Cayó de improviso con un millar de hombres sobre seis mil ó siete mil desgraciados, los puso en una espantosa confusión, hirió y mató á trescientos ó cuatrocientos, y los restantes se fugaron, refugiándose primero en los bosques vecinos á Aizenay, y después en su mayor parte se retiraron á sus casas, adonde tenían costumbre de volver, vencidos ó vencedores, después de algunos días de ausencia.

Durante este tiempo, Mr. de Autichamp permaneció en la frontera de su distrito. Al saber que los 15 y 26 de línea se habían replegado á la posición del Pont-Barré, en la dirección de Angers, se apoderó de Chollet y en seguida permitió á sus hombres que reposasen en el seno de sus familias, lo que de todos modos hubieran hecho, aunque no les hubiesen dado licencia para ello. Mr. Augusto de la Rochejaquelein, después de haber recobrado los restos del convoy saqueado por las tropas imperiales, fué á buscar á su hermano y se volvió al país de Bressuire.

Aunque los jefes no tenían á su lado más que los hombres verdaderamente adictos, eran sobre poco más ó menos dueños del Bocage, es decir, de todo el terreno comprendido entre Chemillé, Chollet y les Herbiers por un lado, y Bressuire y Machecoul por el otro.

Las pequeñas guarniciones imperiales se habían replegado las unas hacia el Loira, las otras hacia las ciudades principales del interior, tales como Parthenay, Fontenay y Borbón-Vendée. Los aldeanos habían demostrado su antiguo valor, pero no eran ya ni tan fanáticos ni tan celosos como habían sido, y apenas consiguieron los jefes sacar de sus casas á unos quince mil hombres. La casi nulidad del primer socorro recibido de Inglaterra renovó en ellos, como ya hemos dicho, todas las prevenciones que tenían de antemano contra el gobierno de la Gran Bretaña. Mr. Luis de la Rochejaquelein, para corregir este mal efecto, les afirmaba que no tardarían en llegar auxilios importantes, y le costaba gran trabajo convencerlos. Los antiguos jefes estaban, como en otro tiempo, muy divididos. Mr. de Autichamp se hallaba muy poco satisfecho al verse sometido á Mr. Luis de la Rochejaquelein, y éste, auxiliado por un oficial del Imperio, que de repente se había convertido en un realista acérrimo, el general Canuel, procuraba dar á la Vendée una organización militar que no agradaba al país, y que podía quitar á los vandeos sus cualidades naturales sin hacerles

adquirir las de los ejércitos regulares. Su proyecto, después de haber unido en lo posible los cuatro ejércitos vandeos, era el de encaminarse en masa hacia la costa para recibir en ella las municiones, las armas y el dinero que esperaba de la Inglaterra, y que no cesaba de anunciar á fin de animar á los pobres campesinos que no podían batirse sin armas, ni alimentarse sin dinero. Tales fueron los sucesos acaecidos en la Vendée durante los últimos días de mayo. Napoleón no se sorprendió ni se alarmó seriamente al saberlos. Con la seguridad ordinaria de su golpe de vista, comprendió en seguida que la insurrección no tenía bastante impulso para salir de la Vendée y causar un trastorno formal en el interior de la Francia. Sin embargo, bastaba para estorbar á sus preparativos militares, porque necesitaba enviar tropas á la frontera del territorio insurrecto, si quería impedir que se propagase el mal. Tenía, pues, que hacer el sacrificio de desprenderse de algunos de sus regimientos, sacrificio sensible en aquellas circunstancias, pero que resolvió limitar á lo indispensable, creyendo que una batalla ganada en el Norte contribuiría más á la pacificación de la Vendée que todas cuantas fuerzas enviase para conseguirla. Su deseo hubiera sido dejar al general Delaborde al frente de las tropas destinadas á combatir la insurrección, pero hallándose enfermo este general, le reemplazó con el general Lamarque. Mientras partía á su destino este último, envió al general Corbineau, cuya inteligencia y energía le inspiraban la mayor confianza. La primera instrucción que le dió fué la de que concentrase sus tropas y resistiese á las instancias de las ciudades en donde se habían refugiado los propietarios de bienes nacionales, que pedían todas guarniciones; y las mandó á decir que ellas eran las que debían procurar su seguridad organizando milicias nacionales. Los puntos de concentración fueron Angers y Nantes sobre el Loira, y en el interior Borbón-Vendée y Niort. Después de la evacuación de nuestras vastas conquistas, la gendarmería era en Francia muy numerosa y había un depósito considerable de gendarmes en Versalles. Napoleón la formó en cinco batallones de á pie y tres escuadrones de á caballo, y después la dirigió sin pérdida de tiempo hacia las orillas del Loira. Estos batallones y estos escuadrones compuestos de soldados experimentados, debían seguir de guía á los confederados y á los milicianos nacionales. En seguida era preciso preparar columnas de tropas activas que pudiesen penetrar en el interior del país insurrecto y sofocar en él la insurrección. Los regimientos 26.º y 15.º de línea se replegaron hacia Angers. Napoleón los dejó allí para que pudiesen reunir todo su efectivo y los aumentó con el 27.º El 43.º se hallaba en Rochefort y el 65.º en Nantes, y Napoleón dispuso que fueran reforzados con uno ó dos regimientos sacados del cuerpo del general Clausel, mandando formar inmediatamente los terceros y cuartos batallones de estos diversos regimientos.

Terminada esta formación, las columnas situadas en la circunferencia de la insurrección debían penetrar en su seno concéntricamente y destruir á los rebeldes en dondequiera que se presentasen. Napoleón recomendó que no les guardasen ninguna consideración; mandó que siguieran á las columnas comisiones militares para que juzgasen y ejecutasen acto continuo á los principales rebeldes á quienes encontrasen con las armas en la

mano; y prescribió además que arrasasen las casas de todos los jefes de la insurrección. Quería que un castigo pronto y terrible desalentase á aquellos desgraciados campesinos, que no tenían ya, preciso es confesarlo, los pretextos legítimos que en 1793 para sublevarse, porque se respetaba su culto, su vida, sus bienes, y se les ahorrraban los rigores de las quintas, practicando entre ellos levas con los mayores miramientos, que las reducían á casi nada. «Cuando la Vendée vea á lo que se expone, dijo Napoleón, reflexionará y se calmará.» A fin de asegurarse un pronto resultado, hizo partir al 47 en posta para Laval, donde los chuanes comenzaban á removerse, y además una división de la guardia joven que debía quedar de reserva en Angers á las órdenes del general Brayer. De este modo, á pesar de su resolución de no separar del ejército más que las menos fuerzas posibles, esta deplorable insurrección debía privarle de cuatro ó cinco regimientos, de muchos terceros batallones y de una división de la guardia joven, es decir, de veinte mil hombres al menos, que le harían falta en un campo de batalla en el que hubieran podido decidir la victoria. Era, pues, una inmensa desgracia, sin más provecho para los realistas que el de servir un poco á su causa arruinando la de la Francia en Waterloo.

Por los movimientos de los realistas comprendió Napoleón que se le preparaban sublevaciones interiores destinadas á secundar los ataques del exterior, y quería que no se dejase el campo libre en ninguna parte á los enemigos que al perderle se exponían á perder á la Francia. Deseaba, pues, tomar medidas fuertes contra los que fomentaban ostensiblemente la guerra civil; pero encontró oposición en algunos de sus ministros, que se negaban con razón á entrar en una vía de arbitrariedad, y especialmente en Mr. Fouché, que en cuanto á él no pensaba más que en preparar títulos para con todos los partidos guardándoles consideraciones, cualquiera que fuese su comportamiento. La cuestión era grave, porque estaban colocados entre el inconveniente de permitirlo todo á unos adversarios dispuestos á servirse de las facilidades que les dejaran, y el inconveniente de recurrir á las leyes bárbaras de la Constituyente y del Directorio. Napoleón exigió la preparación de una ley moderada y fuerte, que definiere con precisión los diversos géneros de delitos que tendrían á provocar la guerra civil ó á estar en connivencia con la guerra extranjera, y la destinó á formar con las leyes de Hacienda la primera proposición que se presentase á las cámaras. Entretanto quiso que el consejo de Estado registrase en las leyes anteriores las disposiciones, que no eran ni exageradas ni crueles, á fin de prescribir su aplicación. Ordenó que se alejase del territorio insurrecto á los hombres que no tenían en él su domicilio habitual, que se formase una lista de los que habían abandonado su residencia ordinaria, ya para ponerse al frente de los insurgentes ó ya para encaminarse á la corte de Gante, y los intimó á volver á sus casas, so pena de secuestración de sus bienes. En Toluza, pero sobre todo en Marsella, los hombres audaces señalados como enemigos implacables, predicaban la insurrección á un populacho ardiente. Alejó á algunos y redujo la milicia nacional de estas ciudades á un pequeño número de hombres fieles y en cuyas manos

podía dejar sin peligro las armas. «No quiero castigar, dijo á sus ministros, pero sí intimidar, y si mientras que seiscientos mil hombres avanzan hacia Francia, sufro las tentativas de los partidos interiores, hasta tendremos en el mismo París insurrecciones que auxiliarán á los ejércitos coligados.» Sus ministros callaron, y Mr. Fouché con ellos, prometiéndose éste, sin embargo, no ejecutar las órdenes de su soberano, no por respeto á los principios de una legalidad rigurosa, sino por aprovecharse para con los realistas de su comportamiento. Tristes y deplorables tiempos los de la guerra civil en connivencia con la guerra extranjera, tiempos en los que un soberano se ve asaltado por el temor de faltar á la defensa del país y el de faltar á los principios de una sana libertad.

Sin embargo, Napoleón pensó que tenía más que hacer que emplear la intimidación para con los vandeos. Sabía que no luchaban con la misma fe que en otros tiempos, no ignoraba las divergencias y hasta la desmembración de sus fuerzas, y pensó en recurrir á la política. «Esos desventurados vandeos están locos, dijo á sus ministros. Durante mi reinado los he dejado en paz, no he molestado á ninguno de sus jefes ni de sus curas, y lo que es más, he restablecido sus ciudades, les he dado caminos, he hecho por ellos cuanto he podido, y en recompensa me atacan cuando me ven luchando cuerpo á cuerpo con toda la Europa. A pesar de la repugnancia que tengo en castigar, no puedo dejarlos obrar á sus anchas, y voy á verme obligado á emplear con ellos el hierro y el fuego. Pero ¿qué adelantará con esto si no son ellos los que pueden decidir la cuestión? Voy á batirme contra sus amigos, los ingleses y los prusianos, y á decidir, no sólo de la suerte de dos dinastías, sino de la suerte de la Europa. Si soy vencido, ganarán su causa: si soy vencedor, por nada del mundo conseguirán su triunfo. Extirparé hasta las raíces de la odiosa guerra civil, hombres y cosas; y haré desaparecer todo cuanto incita á esos pobres y ciegos campesinos á asesinar á sus compatriotas, ó á dejarse asesinar en defensa de las más absurdas preocupaciones. Así, pues, su suerte no dependerá de ellos, sino de la coalición y de mí; que permanezcan, pues, tranquilos y que no den lugar á que se destruyan sus campos, se incendien sus cabañas y se degüelle á sus hombres por un esfuerzo inútil. Que dejen á mi ejército y al de los extranjeros ventilar la cuestión en un duelo á muerte. Hartos hombres perecerán en este conflicto, y de los mejores, para que se obligue á los franceses á matarse los unos á los otros. Algunos días de paciencia, y todo quedará terminado... Vos, señor duque de Otranto, añadió Napoleón, habéis conocido y tratado antes de ahora á los diversos jefes vandeos: algunos de ellos deben estar en París; llamadlos y haced que acudan á vuestra presencia de grado ó por fuerza; habladles el lenguaje de la razón, y proponedles una suspensión de hostilidades que ahorrará á la desventurada Francia inútiles estragos. La tregua que les pediréis no necesitará ser muy larga. En cuatro semanas estará su causa ganada ó perdida á costa de otra sangre que la suya, y si la pierden según su manera de pensar, la ganarán seguramente según lo que conviene á sus intereses, porque yo les proporcionaré cien veces más ventajas con mis leyes y mis trabajos que los Borbones, por



quienes se sacrifican inútilmente desde hace veinticinco años!»

No se podía dar más gusto al duque de Otranto que excitándole á establecer relaciones particulares con los partidos; así es que llamó á Mr. de Malartic, á Mr. de Flavigny y á Mr. de la Beraudiere, y les encargó que se dirigiesen á la Vendée para propagar las ideas de Napoleón, que expuso exactamente, pero con su lenguaje y sus sentimientos peculiares. «¿Por qué, les dijo, os sacrificáis con el solo fin de restablecer á los Borbones á quienes no debéis nada, y para destronar á un hombre que os ha hecho bien, que os hará más aún, y que quizás no subsista en el trono dentro de seis semanas? Os halláis engañados por las preocupaciones de vuestros curas y la ambición de vuestros jefes. Os llevan al matadero, por ellos y no por vosotros, mientras que si tenéis la prudencia de no meteros en nada, os veréis muy en breve desembarazados del imperio ó sometidos á un yugo que en verdad no será muy pesado para vuestras comarcas. Detestáis á Bonaparte: yo tampoco le estimo, pero ni vosotros ni yo podemos nada contra él. Va como un furioso á luchar con la Europa, y en esta lucha sucumbirá según todas las probabilidades: pues bien, si esto sucede, ya nos entenderemos, y como si él sucumbe no hay más gobierno posible que el de los Borbones, nos pondremos de acuerdo para que vuelvan y los haremos reinar con más prudencia que la primera vez. No os pido que abandonéis las armas, ni que os sometáis al imperio, sino que suspendáis las hostilidades; en este caso, yo procuraré conseguir que las tropas imperiales se retiren á los límites del país insurrecto y vosotros quedaréis dueños de vuestro territorio con tal que permanezcáis tranquilos é inofensivos.»

Estas palabras podían impresionar á los vandeanos, porque si se separa de sus esfuerzos el motivo culpable que ellos mismos no se confesaban, de privar al ejército francés de veinte mil soldados, todo era absurdo y extravagante en su última tentativa de guerra civil. Convencidos por el lenguaje verdadero y casi cínico del duque de Otranto, partieron á toda prisa los tres negociadores á proponer en la Vendée la suspensión de armas bajo las condiciones que acabamos de indicar. Por lo demás, como se anunciaba á los vandeanos, no tenían que esperar mucho tiempo, porque se hallaban en vísperas del 1.º de junio, día definitivamente designado para la ceremonia del Campo de Mayo, é inmediatamente después debía partir Napoleón para ponerse al frente del ejército y resolver la cuestión que existía entre la Europa y él.

Con efecto, casi todos los registros que contenían los votos relativos al Acta adicional habían llegado, y se habían comenzado las operaciones del recuento. En los días 29 y 30 de mayo se reunieron las diputaciones de los colegios electorales en los ochenta y siete puntos de reunión que les habían designado, y se ocuparon en la revisión de los votos. Terminada esta tarea, nombró cada diputación cinco miembros para que procediesen bajo la presidencia del príncipe archicanciller al recuento general de los votos de los departamentos. Además autorizaron á sus delegados para que redactasen un mensaje al emperador. Estos delegados, que formaban una asamblea de cuatrocientos ó quinientos miembros, se reunieron el miércoles 31 en el palacio del cuerpo

legislativo, y reconocieron que el número de los votos, con excepción de los de algunos barrios, todavía desconocidos, era el de un millón trescientos cuatro mil doscientos seis, entre los cuales un millón trescientos mil eran afirmativos y cuatro mil doscientos seis negativos. El número de votos en favor de la institución del consulado vitalicio ascendió á cinco millones quinientos setenta y siete mil doscientos cincuenta y nueve, y el relativo á la institución del imperio á tres millones quinientos setenta y dos mil trescientos veinte y nueve. La superioridad numérica de los votos afirmativos sobre los negativos era la misma; pero el total de votantes difería mucho, porque era casi tres veces menor, lo que prueba que en 1815 la Francia, entre la contrarrevolución representada por los Borbones y la guerra representada por Napoleón, no sabía ya á qué manos confiar su destino, y demostraba su consternación con su ausencia.

Inmediatamente después de verificar este recuento, se ocuparon del mensaje. Fueron presentados varios proyectos y se adoptó uno de ellos redactado por monsieur Carrión de Nisas, con la participación del gobierno. Este proyecto expresaba enérgicamente los pensamientos dominantes entonces: la resolución de la Francia en combatir á las órdenes de Napoleón para asegurar la independencia nacional, y después de la paz, la resolución de desarrollar las libertades públicas con arreglo al sistema de la monarquía constitucional. La adhesión á Napoleón estaba tan completamente expresada como podía desearse. Mr. Dubois de Angers, dotado de un órgano bastante fuerte para hacerse oír en el más vasto recinto, fué escogido para leer este mensaje.

El objeto del Campo de Mayo, que había singularmente variado desde la publicación del programa de Lyon, porque hubiera debido consistir primero en la presentación de las nuevas instituciones á los electores reunidos, y después en la coronación del rey de Roma en presencia de su madre, se hallaba reducido, por el modo con que había sido presentada el Acta adicional y por las negativas de María Luisa, á un simple recuento de votos. A fin de dar á esta ceremonia una significación capaz de conmover á los invitados y al público, Napoleón quiso añadir á ella la distribución de las banderas á las tropas que debían partir para la frontera del Norte. Estas banderas, entregadas á unos soldados que jurarían morir dentro de pocos días para defenderlas, eran más á propósito que ninguna otra cosa para conmover á los numerosos ciudadanos del Campo de Mayo.

Hasta la víspera de la ceremonia circularon rumores contradictorios respecto de lo que pasaría. El origen de estos rumores remontaba hasta el duque de Otranto. Este intrigante infatigable deseaba siempre desembarazarse de Napoleón, no para establecer á los Borbones, á los que no aceptaba más que como un recurso extremo, sino para alcanzar, si era posible, la regencia de María Luisa y del rey de Roma á fin de ser el soberano bajo el gobierno de una mujer y de un niño. La negociación secreta entablada con él por Mr. de Metternich, y descubierta por la ida de Mr. Fleury de Chaboulón á Basilea, le hizo más que nunca creer en su propia importancia, y le fortificó en la idea de deshacerse de

Napoleón para substituirle con María Luisa y el rey de Roma. Decía, pues, en alta voz á todos los que querían oírle, con una imprudencia que sólo explicaba la situación precaria de Napoleón, que si este hombre, como él le llamaba, tenía algún patriotismo, debía retirarse de la escena y abdicar en favor de su hijo; que á este precio desarmaría infaliblemente á la Europa, haría al menos recaer sobre ella toda la culpa, é impondría á todos los franceses el deber de combatir hasta no poder más. Pero añadía que, en este caso, no se verían obligados á combatir, y que, según todas las probabilidades, la abdicación de Napoleón bastaría para contener á los ejércitos europeos. Cuando se preguntaba á Mr. Fouché sobre qué se fundaba para hablar de este modo, respondía con un aire misterioso, que tenía poderosas razones para hacerlo, y dejaba adivinar que estaba en relaciones íntimas con las potencias extranjeras, para dar autoridad á sus palabras y gran valor á su persona. En su concepto, la ceremonia del Campo de Mayo era la que Napoleón debía escoger para dar este ejemplo de desinterés y llevar á cabo este acto de profunda política. Fácilmente puede comprenderse el efecto que producían estas palabras en labios del ministro de la Policía, del ministro á quien se trataba con menos respeto, pero á quien se concedía más importancia. A fin de tomar sus precauciones respecto de Napoleón y excusar su lenguaje, cuyo eco podía llegar á oídos del soberano, Mr. Fouché trató de presentarle un plan que, según él decía, era de los más hábiles, y que consistía en ofrecer á los soberanos coligados su abdicación eventual bajo la condición de la paz inmediata, y después, si ellos rechazaban esta oferta, nombrar á la nación juez de su mala fe y llamarla en masa á las armas. Según el duque de Otranto, si los soberanos aceptaban su proposición, Napoleón aseguraría á su hijo la corona, se aseguraría á sí propio una gloria inmensa y un reposo rodeado del respeto universal, cualquiera que fuese el punto adonde se decidiese retirarse; y si, por el contrario, la rechazaban los soberanos, tendría el derecho de exigir de la Francia sus últimos sacrificios.

Napoleón rechazó desdeñosamente esta invención de un cerebro siempre en fermentación y más cuidadoso en demostrar la fecundidad que la rectitud de sus ideas. Cuando Napoleón podía contenerse delante de monsieur Fouché, empleaba con él maneras despreciativas que le dispensaban de castigar unas temeridades que de otro modo se hubiera visto en la precisión de tomar con demasiada seriedad. Así, pues, le costó gran trabajo demostrar al duque de Otranto y á los demás que le rodeaban lo quimérico de semejantes ideas. Lo que la Europa quería al pedir que se sacrificase á Napoleón era hacerse entregar la espada de la Francia, y una vez obtenida, hacernos pasar por las horcas caudinas. En efecto, si la oferta de la abdicación no hubiera sido seguida por la entrega inmediata de la persona de Napoleón á los soberanos, lo que hubiera sido una vergüenza para la Francia y para con Napoleón un acto indigno de doblez, la Europa hubiera considerado esta oferta como una comedia á la que hubiera respondido, con el desprecio. Si la entrega de la persona de Napoleón hubiera seguido á la oferta, nos hubiéramos hallado en la posición de los cartagineses respecto de los romanos: después de la entrega de los navíos y de las

armas, hubiera sido preciso entregar á Cartago, es decir, que la Europa, que no quería á María Luisa ni al rey de Roma, sino á los Borbones, los hubiera impuesto sin dar ningunas garantías á unas gentes bastante cándidas en el mero hecho de haber confiado en sí propias.

Todo lo que se hubiera ganado en estas tergiversaciones hubiera sido demostrar incertidumbre y temor, desvirtuar la autoridad de Napoleón en un momento en el que importaba que fuese más fuerte que nunca, perder en negociaciones ridículas el tiempo más preciso para las operaciones militares, y sobre todo enervar la moralidad del ejército, que no veía más que al emperador, que no quería ver á nadie más que á él. Estas razones, que saltan á la vista, probaban la extremada ligereza de Mr. Fouché y la poca solidez de sus combinaciones, pero no por eso dejaba de indicarle en todas partes, y por su parte no dejaba de causar trastornos en los ánimos, extendiendo la idea de que un gran acto de abnegación llevado á cabo por Napoleón podría salvar á la Francia, la que, por falta de este acto, se hallaba expuesta á los más espantosos peligros. La verdadera abnegación de Napoleón hubiera consistido en morir en la isla de Elba; pero esta abnegación hubiera exigido tanta virtud que no hay bastante justicia en el mundo para imponerla á ningún mortal. En este caso, nunca hubiera habido pretendientes en la tierra, ó lo que es igual, ambición en el corazón humano.

Desechada la idea de la abdicación eventual, que no fué seriamente presentada, quedaba otra cuestión por decidir, la de saber cómo se presentaría Napoleón en el Campo de Mayo. ¿Sería como un simple general, más soldado que emperador, ó la de un soberano rodeado con toda la pompa de su trono? Muchos liberales sinceros, pero medio republicanos, que querían servirse de Napoleón sólo para librarse de los Borbones con la victoria, hubieran deseado que las apariencias correspondiesen al fondo de las cosas tales como ellos las concebían, y que Napoleón no se presentase en el Campo de Mayo más que como un soldado. Pero los asustados amigos de la autoridad, por el contrario, que se quejaban desde que parecía Napoleón pronto á acceder á los deseos de los liberales, no dejaban de decir que se confiaba á los liberales para alcanzar su apoyo, y que lo mismo hubiera sido que hubiera continuado en la isla de Elba que volver para constituirse en su esclavo. Napoleón no hacía más caso de las exigencias de los unos que de los afectados terrores de los otros; pero estaba enfadado al ver que le creían decaído, en poder de *la canalla*, porque había aceptado para reinar las condiciones de un monarca constitucional. Así, pues, por más que hiciese poco aprecio de los envidiosos partidarios de la autoridad imperial, no quería dar pábulo á sus observaciones malévolas, mostrándose, por decirlo así, sin corona ante la numerosa asamblea formada por los hombres que habían acudido de todos los puntos de la Francia, y tomó el partido de asistir al Campo de Mayo como había asistido á su consagración, es decir, con el mismo aparato. Esto no era seguramente una grave falta, porque su suerte iba á depender de una batalla en Flandes, y no de las impresiones fugitivas producidas por un vano espectáculo en los espíritus agitados; pero, sin embargo, era una falta, porque necesitaba todo el apoyo de



los amigos de la libertad, y no debía disgustarlos ni aun en las cosas más insignificantes. De cualquier modo, sin cuidarse de las diversas opiniones, se trasladó el 1.º de junio al Campo de Mayo, con casaca de seda, con birrete de plumas y manto imperial, en el carruaje de la consagración tirado por ocho caballos, precedido de los príncipes de su familia y llevando al estribo y á caballo á los mariscales de Francia.

Entre éstos figuraba el mariscal Ney, á quien no había visto desde hacía un mes. No pudiendo contener, al verle, un movimiento de disgusto: «Yo creía, le dijo, que habíais emigrado.» De este modo se dirigió por el jardín de las Tullerías, los Campos Elíseos y el puente de Jena hasta el Campo de Mayo, á través de una multitud curiosa, siempre profundamente alarmada. En un lado del Campo de Mayo había veinticinco mil hombres, que formaban la milicia nacional de París; en el otro, veinticinco mil soldados de la guardia imperial y del 6.º cuerpo, que no esperaban para partir más que la conclusión de la ceremonia. Todos aplaudieron á Napoleón, pero los soldados de la guardia imperial y del 6.º cuerpo con frenesí. Aquellos gritos apasionados, preciso es decirlo, no significaban de su parte una adhesión interesada hacia una revolución que habían hecho, sino la resolución de morir por el honor de las armas francesas.

Napoleón dió vuelta alrededor del edificio de la Escuela militar y entró en él por detrás. Subió al primer piso y fué introducido en el recinto destinado á la ceremonia. Este recinto, construido en el exterior, presentaba un semicírculo cuyas extremidades se apoyaban en el edificio de la Escuela militar, y cuyo centro se abría, dando vista al Campo de Mayo. El trono estaba junto al edificio de la Escuela. A derecha y á izquierda había gradas semicirculares, enfrente se levantaba un altar, y detrás del altar una abertura trazada en medio del recinto permitía descubrir todo el Campo de Mayo erizado de bayonetas. Delante de esta abertura se construyó una plataforma en la que el emperador debía distribuir las banderas, y que comunicaba con el Campo de Mayo por medio de una escalera artificial, adornada con magníficos trofeos.

Napoleón, seguido de su cohorte, tomó asiento en el trono, siendo acogido con los ardientes gritos de *¡Viva el emperador!* Sus hermanos ocuparon sitios á los lados del trono. Detrás y un poco elevadas, su madre y sus hermanas ocupaban una tribuna formada con las ventanas de la Escuela militar. A derecha y á izquierda, sobre las gradas del anfiteatro semicircular, se hallaban distribuidos según sus jerarquías los cuerpos del Estado, las autoridades civiles y militares, la magistratura, los representantes recientemente elegidos y por último los enviados del ejército que debían recoger las banderas de los regimientos. Se hallaban en aquella vasta reunión de nueve á diez mil personas. Mr. de Barral, arzobispo de Tours, se preparaba rodeado de su clero á celebrar la misa en el altar, y por último, desde todos los puntos de este recinto se descubría á lo lejos en la inmensa extensión del Campo de Mayo á cincuenta mil hombres del ejército y de la milicia nacional, con cien piezas de artillería.

Nunca había asistido París á un espectáculo más imponente. Sólo faltaba allí para embriagar á las almas el

sentimiento que todo lo anima, el de la satisfacción. La acogida que se dispensó al emperador á su llegada fué entusiasta por parte de los electores y de las diputaciones del ejército; pero ¡ay! ¡las exclamaciones que se oyeron revelaban más el deseo que la esperanza! El hermoso rostro de Napoleón aparecía, bajo su birrete con plumas, grave y casi triste. En vano se buscaba cerca de él á su mujer y su hijo, y se notaba en torno suyo el penoso aislamiento á que le había condenado la inexorable voluntad de Europa. En el lugar que debían ocupar su esposa y su hijo estaban sus hermanos recordando funestas guerras por tronos de familia, y entre ellos Luciano era mejor mirado, porque jamás había ceñido á sus sienes una corona. Algunos de los asistentes desaprobaban la pompa que se había desplegado; la mayor parte abrigaban pensamientos más serios, y no se cuidaban más que del peligro á que el Estado se hallaba expuesto. El ejército, dando de cuando en cuando gritos convulsivos de *¡Viva el emperador!*, se destacaba en medio de la tristeza general por sus nobles arranques de patriotismo. En una palabra, el aspecto de aquella escena era el de un duelo á muerte que se preparaba, no entre dos individuos, sino el de una nación y el mundo.

Se dió principio á la ceremonia implorando en favor del trono recientemente restaurado, ¡por cuánto tiempo, sólo Dios lo sabía!, en favor de la nación que estaba arrodillada al pie del altar, la bendición del cielo. Se celebró la misa y se cantó un *Tedéum*. Después de la misa, los miembros que componían la diputación de los colegios electorales se adelantaron en número de quinientos, sobre poco más ó menos, y conducidos por el príncipe archicanciller fueron á colocarse al pie del trono. El que de entre ellos debía leer el mensaje tomó entonces la palabra y con una voz vigorosa y vibrante pudo hacerse oír por todos los concurrentes.

Adhesión al emperador y á la libertad, paz si se podía convencer á la Europa de que debía mantenerla, guerra encarnizada contra ella si no se la convencía, tal era el fondo del discurso que todos oyeron, porque estos eran los pensamientos que abrigaban cuantos habían deseado ó consentido el regreso de Napoleón. «Reunidos, dijo en substancia el orador de los colegios electorales, reunidos todos los representantes de las diversas partes del imperio en torno de las tablas de la ley, donde hemos venido á inscribir el voto del pueblo, no podemos menos de hacer oír la voz de la Francia, de la que somos órganos; no podemos menos de decir en presencia de la Europa al jefe de la nación lo que espera de él, lo que él puede esperar de ella... ¿Qué quieren, señor, esos monarcas que avanzan hacia nuestra frontera con tan vasto aparato de guerra? ¿Cómo hemos motivado su agresión? ¿Hemos violado los tratados después de la paz?... Contenidos dentro de unas fronteras que la naturaleza no nos ha trazado, que aun antes de vuestro reinado la victoria y la paz habían ensanchado, no hemos salido de este estrecho recinto por respeto á los tratados que, aunque no los habéis firmado, habéis prometido respetar. ¿Qué es lo que quieren, pues, de nosotros? No les agrada el jefe que nosotros queremos, y nosotros no aceptamos el que ellos pretenden imponernos. Se atreven á proscribirnos, á vos que habiendo sido tantas veces dueño de sus naciones, los habéis afirmado generosamente sobre sus vacilantes tronos.

Este odio de nuestros enemigos aumenta el amor que os profesamos. Aunque fuera el más desconocido de nuestros ciudadanos el proscrito por ellos, deberíamos defenderle con la misma energía, porque se hallaría bajo la égida del poder francés.

«¿No nos piden más que garantías? Pues ya las tienen en nuestras nuevas instituciones, y en la voluntad del pueblo francés unida en lo sucesivo á la vuestra. En vano tratan de ocultar sus funestos designios bajo el designio único de separaros de nuestro lado y de darnos unos soberanos que no nos comprenden, y de los que nunca más queremos oír hablar. Su presencia momentánea ha destruído todas las ilusiones que todavía inspiraba su nombre. Ellos no podrían ya creer en nuestros juramentos ni nosotros creer en sus promesas. El diezmo, el feudalismo, los privilegios, todo cuanto nos es odioso, era evidentemente el objeto de sus deseos. Un millón de funcionarios, de magistrados consagrados desde hace veinticinco años á los principios de 1789, mayor número aún de ciudadanos ilustrados que han hecho una profesión razonada de estos principios, y entre los cuales hemos escogido nuestros representantes, quinientos mil guerreros, nuestra fuerza y nuestra gloria, seis millones de propietarios autorizados por la revolución, no podían ser apreciados por los Borbones: éstos no querían reinar más que para unos cuantos privilegiados que desde hace veinticinco años han sido castigados ó alcanzando perdón. Su trono, restablecido un momento por las armas extranjeras, y rodeado de errores incurables, se ha desplomado ante nosotros, porque vos nos traéis, desde el seno de vuestro retiro, que no es fecundo en grandes pensamientos más que para los grandes hombres, la verdadera libertad, la verdadera gloria... ¿Cómo es que no ha abierto todos los ojos la marcha triunfal que habéis realizado desde Cannas hasta París? ¿Hay una escena más nacional, más heroica, más imponente en la historia de los demás países del mundo? ¿No basta para desengañar á nuestros enemigos este triunfo que no ha costado ni una sola gota de sangre? ¿Quiéren acaso triunfos más sangrientos? Si es así, esperad de nosotros, señor, todo lo que un héroe fundador puede esperar de una nación fiel, enérgica, inmutable en su doble deseo de libertad en el interior y de independencia en el exterior.

Confiados en vuestras promesas van nuestros representantes con madurez, con reflexión, con prudencia, á revisar nuestras leyes, á ponerlas de acuerdo con el sistema constitucional, y ojalá que durante este tiempo quieran oírnos los jefes de las naciones. Si aceptan vuestros ofrecimientos de paz, el pueblo francés hallará en vuestra administración fuerte, liberal, paternal, motivos para consolarse de los sacrificios que le cueste la paz; pero si no se le deja más que escoger entre la vergüenza y la guerra, se levantará todo entero para libertaros de las ofertas, acaso demasiado moderadas, que habéis hecho para ahorrar á la Europa nuevos trastornos. Todo francés es soldado; la victoria seguirá de nuevo á nuestras águilas, y nuestros enemigos, que creen en nuestras divisiones interiores, no tardarán en sentir el habernos provocado.»

Este discurso, del que no reproducimos más que los principales párrafos, pronunciado con fuego y con una voz resonante, entusiasmó á los que le oyeron, y á

pesar de las preocupaciones arrancó los más vivos aplausos.

El archicanciller anunció en seguida el resultado de la votación, que fué, como hemos dicho, de un millón trescientos mil votos afirmativos contra cuatro mil doscientos seis negativos, y declaró el Acta adicional aceptada por la nación francesa. Llevado este documento á los pies del trono, le firmó el emperador y pronunció el siguiente discurso, escrito con la fuerza de pensamiento y de estilo que le eran peculiares:

SEÑORES ELECTORES, SEÑORES DIPUTADOS DEL EJÉRCITO DE MAR Y TIERRA

«Emperador, cónsul, soldado, todo cuanto he sido y cuanto soy se lo he debido al pueblo. En la prosperidad, en la desgracia, en el campo de batalla, en el consejo, en el trono, en el destierro, siempre ha sido la Francia el único objeto de mis ideas y de mis acciones.

«Como aquel rey de Atenas, de quien nos habla la historia, yo me he sacrificado por mi pueblo con la esperanza de ver realizarse la promesa hecha de conservar á la Francia su integridad natural, sus honores y sus derechos.

«Mi indignación, al ver estos sagrados derechos adquiridos en veinte años de victorias, desconocidos y perdidos para siempre, el grito del honor francés ultrajado, los votos de la nación, me han traído á este trono, tan caro para mí, porque es el paládium de la independencia, del honor y de los derechos del pueblo.

«Franceses: al atravesar en medio de la alegría pública las diversas provincias del imperio que he recorrido para llegar á mi capital, he debido contar con una larga paz; las naciones están ligadas por tratados que han concluído sus gobiernos, cualesquiera que sean estos tratados.

«Mi pensamiento estaba entonces enteramente consagrado á buscar los medios de fundar nuestra libertad con una Constitución conforme á la voluntad y á los intereses del pueblo. Por eso convoqué el Campo de Mayo.

«No he tardado en saber que los príncipes que han desconocido todos los principios, lastimado la opinión y los más caros intereses de tantos pueblos, quieren combatirnos; y meditan acrecentar el reino de los Países Bajos, dándole por barreras todas nuestras plazas fronterizas del Norte, tratando de conciliar las diferencias que todavía los dividen al repartirse la Lorena y la Alsacia.

«En vista de esto, ha sido preciso disponerse á luchar. Sin embargo, debiendo exponerme personalmente á los azares de los combates, mi primera solicitud ha sido la de constituir sin pérdida de tiempo á la nación. El pueblo ha aceptado el Acta que le he ofrecido.

«Franceses: cuando hayamos rechazado estas injustas agresiones, cuando la Europa sepa lo que se debe á los derechos y á la independencia de veinticinco millones de hombres, una ley solemne, redactada en la forma prescrita por el Acta constitucional, reunirá las diferentes disposiciones de nuestras Constituciones que en el día se hallan separadas.

«Franceses: vais á volver á vuestros departamentos.